

## LACANOAMERICANO 2017

Río de Janeiro

### ¿EL DESEO VERSUS EL GOCE?

#### Sobre la Clínica y Política

---

Rodrigo Echalecu

¿Establecer en psicoanálisis una política del deseo, implica desentenderse, acaso, de la cuestión de los goces? ¿No se trata también de la redistribución y del corte?

Seguimos a Lacan en su planteo ético. No puede ser otra la del psicoanálisis que la ética del bien decir, la del deseo, la de los tres pagos del analista, que no pierde vigencia, según entiendo, en la época actual. Política del deseo que, tensada en su máxima diferencia, da por resultado al deseo del analista.

A medida que avanza la enseñanza, el deseo del analista va tomando otros matices. Concepto en movimiento, articulado a la experiencia singular de la hiancia. Prácticamente deja de hablar del deseo de analista, aunque como veremos, eso no implique dejar de considerarlo.

En la formalización del final de su obra, de la mano del nudo y del *sinthôme*, lo encontramos a Lacan preguntándose, en una conferencia incluida en *L'insu...*, al plantearse la cuestión de la enseñanza del psicoanálisis, si “se trata de provocar ese *saber-hacer-allí*, es decir, desembrollarse” (1), cuando se trata de la transmisión del psicoanálisis y de la posición del analista. Pregunta que retorna, ¿se puede enseñar ese *saber-hacer-allí*?

Vamos considerando entonces, el deseo y el goce y estamos estableciendo un enlace entre deseo del analista y *saber-hacer-allí*. Veamos adonde nos conduce...

¿A qué real responde la formalización que va enhebrando Lacan desde el inicio de su enseñanza?

A un real clínico.

Un real clínico acechó a Lacan en los albores de sus formalizaciones; lo llevó a plantearse y a delimitar una política para el psicoanálisis. Apuntalar al psicoanálisis en una política del deseo lo precipita a la estructura simbólica. Sino, lo que se cierra, es nada más ni nada menos que la pregunta por el deseo del Otro y por la falta. Situación clínica que se escuchaba (y de hecho seguimos escuchándolo) en los análisis. El Yo había copado las arcadas del psicoanálisis.

Es de esperar, decimos con Lacan, que el *che vuoi* se ponga en juego en la transferencia, que el analista vía su deseo, invite a poner de manifiesto esa transferencia, a trabajarla en abstinencia para que se produzca saber en lo simbólico, zona del saber inconsciente. Zona que no toca el análisis posfreudiano, anclado en la segunda tópica freudiana, reductor del psicoanálisis a un conflicto entre instancias con sus consecuentes defensas. En ese planteo, la función de dominio del yo es sobre lo que se acentúa la política y su práctica, el registro imaginario presenta una supremacía que lleva a que cierta política emerja, la de la identificación especular y del Ideal del Yo.

Lo político en Lacan fue volver al sujeto del inconsciente, apuntar la dirección al inconsciente estructurado como un lenguaje. Se acentúa la cuestión del Deseo del Otro como estructural, en el grafo del deseo encuentra este matema un lugar protagónico junto con otro matema, el del fantasma, donde se articulan deseo y goce.

El concepto de Fantasma dreña de la clínica misma, es una respuesta en sí misma, fóbica, histérica, o como la llamemos, que rastreamos en Lacan a la pregunta por el Deseo del Otro. Se produce una conjunción, en el fantasma, entre deseo y goce. En ciertas presentaciones clínicas se encuentra más acentuado el deseo y en otras el goce. Podemos formalizarlo inclusive, si nos servimos, por ejemplo, de “la polivalencia definida por el carácter compuesto del losange”, tal como Lacan lo subraya en *La angustia* (2). Donde al descomponer los términos del fantasma (Mayor-Menor/ Conjunción-Disyunción/Alienación-Separación), podemos aplicar la fórmula de Lacan para formalizar lo que sucede en la clínica. Se trata de esto, descompongamos el losange para pensar la clínica y aún más, lo que resultará crucial, la posición del analista, porque es un hecho de experiencia, nos encontramos en la clínica con conjunciones entre deseo y goce, pero también con disyunciones. Así lo muestra, por ejemplo el pasaje al acto, donde el goce del Otro (sin barrar) llega a producir un barrido a cero del sujeto, punto de una identificación plena y sin resto al objeto de goce.

Hacíamos referencia anteriormente a las últimas conceptualizaciones de Lacan respecto del *saber-hacer-allí* que nos remite a la posición del analista.

¿Cubren acaso estas nuevas conceptualizaciones sobre el saber hacer al mencionado deseo del analista? ¿De qué se trata el nuevo aporte del nudo y sus toros si consideramos este asunto?

Saber hacer con el síntoma resulta de la eficacia del análisis. Esa sería una buena fórmula del final de análisis.

Ahora, cuando Lacan se refiere a la posición del analista profiere nuevamente “*saber-hacer-allí*”, saber hacer del analista, ese que Lacan menciona cuando se refiere a la enseñanza, productor del acto analítico.

El analizante sabe hacer con el síntoma si logra servirse del mismo como recurso para poner límite a lo real del goce del Otro. De allí la importancia de una política del síntoma, que posibilite leer su escritura jeroglífica, recortar la letra, situar el goce cubierto con significantes para lanzarse, con la letra leída, hacia el lado femenino matematizado en las fórmulas de la sexuación, produciendo una operación fundamental, la de la barradura del goce del Otro  $J(\mathcal{A})$  que Lacan propone en el seminario *Le sinthôme*. El verdadero agujero está entre Real e Imaginario, “donde se revela que no hay Otro del Otro” (3), por lo tanto no hay goce del Otro sino su barradura, se torna inexistente:  $J(\mathcal{A})$ . Punto de atravesamiento fantasmático.

Declarar en plena vigencia una política del deseo, que considere al goce, se hace necesario en los tiempos actuales. Hoy día, ese real clínico ha ido tomando otras formas.

¿De qué modo nos anoticiamos de ello?

Como ejemplo paradigmático, los cuales abundan en la actualidad, recibo hace un tiempo a una paciente que había dejado el análisis con otro colega. Sumergida en una angustia desbordante y profunda, habla con marcada dificultad de una separación matrimonial. Entre las cosas que dice, plantea que no puede hablar. Sin embargo, una catarata de palabras inconexas articulaba, con mucha dificultad e importante angustia, pero hablaba. Le pregunto por su análisis y comenta que no lograba articular sus ideas, debido a lo breves que eran las sesiones, no más de 15 minutos cada vez, cuando no eran de 5 o 7 minutos.

Real clínico.

¿Cómo lo leemos?

Como un abordaje del goce, un tratamiento del mismo, que desestima la palabra y el deseo. Se acentúa el corte de goce por sobre el empalme del sentido que resulta de pasar por el agujero del deseo del Otro. En esa clínica se pasa por alto el borde del corte, la zona de la letra, por donde debe efectuarse la operación. De esta lógica en la intervención deriva el corte con la asociación libre y con la retórica del significante. La redistribución del goce no se asienta en el trabajo sobre la falta, por ende no es la política del deseo la que está en juego.

Llevó una serie de entrevistas para que pudiera formular una demanda de análisis, llegar a preguntarse si quiere separarse. Es notable cómo, cuando se apuesta a la política del síntoma, a la palabra, el goce toma otra dimensión en la clínica. Desde ya que cedieron los “ataques de angustia”, tal como ella los nombraba.

En esa angustia se trataba del goce del Otro. Ese goce demostró presentarse en esa paciente, prácticamente sin trama significativa de goce fálico ni de goce sentido. El corte de sesión permanente, sin considerar la red significativa, fue propiciando el avance del goce del Otro como angustia, fuera de la palabra.

El corte es conveniente situarlo en una política del deseo porque si no se nombra el goce, si no se escande por el significante, lleva a lo peor, o sea, a que el sujeto quede en posición de objeto ante el goce del Otro.

La trama de la palabra y su reticular armado, enjambre de significantes, van trazando el sendero, orientando la dirección de la cura. El analizante necesita articular sus preguntas fundamentales, hacerlas pasar por la castración. ¿Cómo podría ser posible hacerlo si de ESO no se habla? Es un trabajo que da lugar al tratamiento del goce del Otro a partir de la palabra, considerando al falo como significante y como orientador de los goces.

Si el analista soporta ESO es porque está comprometido con llevar su análisis hasta el final. Es decir producir un atravesamiento que abre a la lógica del no-todo, con su respectivo goce femenino. Cortar con el ser fálico para el Otro y con el medirlo todo en función de si tiene o

no tiene sumerge en un goce Otro. Hay experiencias de pase que así lo constatan en distintos testimonios, además de la de los místicos que cita Lacan.

Ahora, ¿seguir apostando a la política del deseo, implicaría desentenderse del goce y propiciar un análisis infinito, que se dedique como lo hace el obsesivo, a sacarle brillo al significante, cada vez?

Desentendernos del goce, como dice Lacan, podría llevarnos a pretender transformar al psicoanálisis en una mántica.

Entonces, ¿cómo es esto de desestimar el deseo, como se lo hace actualmente desde ciertos sectores psicoanalíticos, productores de una clínica brevísima, que no consideran el intervalo significante, que llegan a declarar incluso la caducidad de la interpretación y del inconsciente mismo?

Si desentendernos del goce nos hace hablar de mántica, desentendernos del deseo lleva a que el psicoanálisis desemboque, una vez más, en cierta práctica sugestiva como en los albores de Freud.

Entonces, ¿el deseo versus el goce?

El asunto es, según mi parecer, apostar a realizar un tratamiento del goce de un modo que propicie pasarlo por el colador de la castración del Otro. Apuntando a desplegar el fantasma, para atravesarlo, a *saber-hacer-allí* más allá del padre. El acto analítico es un buen ejemplo de ello.

En un análisis se hace un tratamiento del goce apostando a la palabra. No es lo mismo ir hacia al goce con palabras que sin ellas. Se realiza un trabajo direccionado hacia la inexistencia del Otro y se considera el armado de un *sinthôme*, en el horizonte, que torne barrado al goce del Otro J(A), para no quedar amparado en el síntoma sino en el saber hacer con él.

Me decía una analizante histérica, *ir más allá de la Otra*. Es decir, de producir saber inconsciente, los unarios diferenciales, la letra y la apertura al Otro goce que considere lo real. Lo real se presenta de varias formas, a veces no avisa, en otras se señala como angustia. También como nos dice Lacan en La Tercera, podemos acceder a lo real con la letra que le hace borde. (4)

Ir directamente a la inexistencia del Otro, sin trabajar con el deseo no tiene en cuenta las letras del sujeto, los S1, los síntomas, con los que el sujeto se las arregla para tapan la falta del Otro. Ese trabajo orienta los goces, los delimita. De allí la importancia de apostar a que esas letras sean leídas en transferencia, de la mano de la interpretación analítica.

¿Supone dejar el deseo a un lado?

No. La situación del deseo se articula en el fantasma como en el vector conector doble que ilustran las fórmulas de la sexuación,  $La(\bar{\phantom{a}})$ , alusión al no todo fálico de la mujer, también conecta con  $\phi$  mayúscula, el significante del deseo, además de hacerlo con el Significante del Otro barrado  $S(\bar{A})$ .

Notemos que, en pleno florecimiento de los goces, a lo largo del *Seminario Aún*, el significante del deseo persiste en su lugar en la tabla de la sexuación. Significante en el que el neurótico hace pie, afirmándose con otro pie en el goce femenino. Significante del deseo, baliza orientadora del goce. Por un lado pluraliza los goces, (apareciendo a esta altura de la obra lacaniana el Goce femenino o suplementario) pero al mismo tiempo le concede un lugar de plena vigencia al deseo y a su significante en su dimensión de rasgo diferencial.

La psiquiatría médica, podríamos plantear, realiza un tratamiento del goce apoyada en una política medicamentosa. Intereses sustentados en una lógica de mercado y de laboratorio, en muchísimas ocasiones, son los que fundamentan el uso del fármaco. Los efectos sobre el sujeto no son otros que los de cierta desobjetivación que dificulta el recurso a los nombres del padre. Arrasa con el síntoma y elimina la angustia.

Retomando lo dicho anteriormente, el atolladero parece ser en la actualidad el de la acentuación del registro de lo real, en desmedro de lo simbólico. Declarando la no vigencia de la interpretación, en desmedro del sujeto del inconsciente, asistimos a una abolición del deseo. No se acentúa el deseo en lo político sino el goce. Esto constituye un nuevo riesgo: dejar varado al sujeto en una nueva encerrona, que no considere al síntoma como recurso privilegiado.

La cura se apuntala en ese lugar vacío que agujerea los tres registros, por donde se produce una cuarta lazada crucial en el nudo, *saber-hacer-allí*, con el deseo y con el goce.

Un análisis propicia que alguien se encuentre con ese *saber hacer allí*, saber hacer con el síntoma, pasaje de analizante a analista. Movimiento moebiano que desemboca, en definitiva, en la reinención del psicoanálisis y en la transmisión de su operación como culminación.

Al escribir el objeto *a* en el calce del nudo de los tres registros, nuevamente se ubica la cuestión del agujero y de la causa. El objeto *a* agujerea los registros y es de esperar que el analista se sitúe en ese lugar, que esté a la altura del semblante, punto nodal de apoyo de la transferencia. *Saber hacer allí* es operar en esa zona del nudo, hacer pasar por los agujeros de los registros, propiciar nuevas lazadas que reescriban el nombre del padre como cuarto toro, de otro modo, por la vía del *sinthome*.

*Saber-hacer-allí* implica, de lleno, también concederle su lugar en el análisis a lo imaginario y a lo real. No hay supremacía de registros. En *L'insu* es bien explícito en este punto cuando sitúa los 2 cortes necesarios a efectuar en un psicoanálisis. Nos advierte del riesgo de provocar, en el final de un psicoanálisis, “una preferencia dada en todo al inconsciente” (5). El inconsciente tiene su límite, no es igual a desembarazarse del mismo.

Si lo simbólico, por retornamiento, al volverlo sobre sí mismo y procediendo por un corte, envuelve totalmente lo imaginario y lo real estamos en un problema. Si el analista acentúa solo ese corte de lo simbólico, lo real y lo imaginario de la estructura parecen quedar subsumidos a cierta supremacía de lo simbólico. Franquear un análisis, *saber-hacer-allí*, implica también llevar adelante otro corte, introducir un tajo en lo simbólico, quitarle consistencia, para restaurar el nudo borromeo en su forma original, tal como nos enseña Lacan.

Insistamos, no hay supremacía de registros. En un intento de transmisión de lo que ocurre en lo real de la clínica, podríamos decir que se acentúa determinado registro según el tiempo del análisis y de la transferencia, lo imaginario en las entrevistas preliminares, lo simbólico en el análisis y lo real hacia el final, momento de concluir. Aunque sabemos que los tres se encuentran anudados, forman parte de la estructura del *parlêtre*.

Lacan pone el énfasis en que es debido a esto que “Freud insistía para que los psicoanalistas vuelvan a hacer lo que corrientemente se llama una tajada, es decir, que hagan una segunda vez el corte...” (6), posibilitar el final de análisis a partir del *saber-hacer-allí*.

El acento está puesto aquí en el analista.

Desde el inicio de la enseñanza y hasta la Proposición del 9 de Octubre, para referirse a la posición del analista, acude al sintagma “deseo del analista”. Entiendo que esto encuentra su lógica y razón en lo que se ha venido expresando, la acentuación del deseo en lo político, del registro simbólico en la dimensión clínica. Cuando se refiere al deseo y apunta hacia ese vector en la dirección de la cura, se encuentra en su formalización, como dijimos antes, al llevarla al límite, con ese deseo de otra estofa, que es el deseo del analista, tal como lo transmite formidablemente en *Los Cuatro Conceptos Fundamentales*.

Entre el *deseo del analista* y el *saber hacer allí*, contamos con un anudamiento borromeico de la estructura, que circunscribe los goces, las zonas de empalme de los agujeros, que registra, a su vez, la no supremacía de los toros RSI. Pero insistimos, Lacan no desestima el inconsciente y el deseo que allí se articula.

Para finalizar dejo planteado que, a medida que avanza en su trabajo en torno a Joyce, Lacan se refiere a cierto “anudamiento” entre inconsciente y *sinthôme*. (7)

*Saber-hacer –allí*, no se trata de una nueva política que desestime el inconsciente y el deseo sino, más bien, de considerar ese anudamiento, como lo llama Lacan, entre inconsciente y *sinthôme* en la dirección de la cura. Lo que sabemos, es que ese *saber-hacer-allí* sí reclama, una vez más, la justa posición del analista, posibilitadora del trabajo en torno al síntoma y la letra, para desde ahí “liberar” la artesanía...donde deseo y goce, una vez más, se reclaman, aunque de un modo novedosamente diferente al de la conjunción fantasmática.

## Bibliografía

- (1) J. Lacan. Seminario XXIV 1976-1977. *L'insu que sait de l'une-bevue s'aile a mourre*. Traducción EFBA. Pag.5 “Palabras sobre la histeria”
- (2) J. Lacan. Seminario X 1962-1963. *La angustia*. Paidós Editores. Pág. 189.
- (3) J. Lacan. Seminario XXIII 1975-1976. *El Sinthôme*. Paidós Editores. Pág. 132.
- (4) J. Lacan. Intervenciones y textos 2. *La Tercera*. Manantial Editores.
- (5) J. Lacan. Seminario XXIV 1976-1977. *L'insu que sait de l'une-bevue s'aile a mourre*. Traducción EFBA. El sistema tórico y el contra-psicoanálisis. Pág. 15.

(6) Ibid 5.

(7) Lacan. Seminario XXIII 1975-1976. *El Sinthôme*. Paidós Editores. Conferencia *Joyce*  
*El Síntoma*. Pág. 165.